

Tres mujeres

(Poema para tres voces)

Lugar: Una sala de maternidad y sus alrededores.

PRIMERA VOZ:

Yo soy lenta como el mundo. Aguardo paciente;
girando por mi tiempo, los soles y los astros
me observan con atención.

El interés de la luna es algo más personal:
pasa junto a mí, una y otra vez, radiante como una enfermera.
¿Se duele por lo que va a ocurrir? No lo creo.
Simplemente le asombra tanta fertilidad.

Cuando salgo a pasear soy todo un espectáculo.
No tengo que pensar ni repetirme nada.
Lo que se gesta dentro de mí sucederá sin cuidado.
El faisán se yergue en la colina;
está ordenando su plumaje musco.
No puedo evitar sonreír por cuanto sé que existe en mí.
Hojas y pétalos me asisten. Ya estoy preparada.

SEGUNDA VOZ:

Cuando vi por primera vez el pequeño flujo rojo, no podía creerlo.
Observaba a los hombres ir de aquí para allá, en la oficina, ¡tan fútiles!¹
Había en ellos un no sé qué acartonado que ya entonces intuía,
aquella insulsa, fútil necedad de la que surgen interminables
sus ideas, destrucciones, bulldózers, guillotinas, blancos recintos
repletos de gritos, y esos fríos ángeles, las abstracciones.
Sentada ante mi escritorio, con las medias, los tacones altos,

¹ Fútiles: el adjetivo «flat», aplicado, en este contexto, a la actitud general de los hombres, conlleva significados tales como «liso, plano, insípido, fútil, vacío, sin interés».

escuchaba al hombre para el que trabajo decir riendo:
«¿Has visto al demonio o qué? Te has puesto pálida de repente».
Y yo callaba. Veía a la muerte en los árboles secos, una carencia.
Apenas podía creerlo. ¿Tan difícil le resulta
al espíritu concebir un rostro, una boca?
Las letras surgen de estas teclas negras, y estas teclas negras
surgen de mis dedos alfabéticos, ordenando partes,

partes, pedazos, piezas, múltiplos brillantes.
Yo muero al sentarme. Pierdo una de mis dimensiones.
Los trenes rugen en mis oídos: ¡Salidas! ¡Salidas!
La vía plateada del tiempo se abisma a lo lejos,
y el cielo blanco derrama sus promesas, como una copa.
Estos son mis pies, estos ecos mecánicos:
toc, toc, toc, clavijas de acero. Me encuentran defectuosa.²

Arrastro conmigo esta dolencia, esta muerte hasta mi casa.
Ahí está de nuevo, es esta muerte. ¿O quizás el aire,
las partículas de destrucción que absorbo? ¿Soy acaso un pulso
cada vez más débil, encarando ese ángel helado?
¿O es mi amante entonces, esta muerte, esta muerte?
De niña amé a un hombre, amé un líquen desgarrador.
¿Es éste, pues, el único pecado, este antiguo, muerto amor a la muerte?

² Defectuosa: o bien, «carente, necesitada de algo».

³ Concepciones: por un lado, la «lluvia de oro» alude a Danae, hija de Acrisio, fecundada por Zeus bajo dicha forma; por otro, las «concepciones» hacen referencia a la Virgen María y al Espíritu Santo; de hecho, ambos relatos guardan rasgos en común.

⁴ Florecido en algo: la imagen también es ambigua en inglés; probablemente significa que «un cálido día azul había florecido, transformándose así en algo nuevo y distinto».

⁵ ...cuatro direcciones: como cuatro caballos que se encabritan (uno de los significados del verbo «to rear») hacia todas direcciones, las nubes arrastran el cuerpo de la tercera mujer.

TERCERA VOZ:

Recuerdo el instante en que lo supe con seguridad.
Los sauces se estremecían ateridos;
el rostro reflejado en el estanque era hermoso, pero no mío;
tenía una mirada altiva, como el resto de las cosas,
y todo me parecía peligroso: palomas, palabras,
estrellas, lluvias de oro, ¡concepciones, concepciones!³
Recuerdo un ala blanca, fría

y el enorme cisne con su mirada terrible,
acercándose a mí, como un castillo, desde la superficie del río.
Hay una serpiente en cada cisne.
Deslizándose; sus ojos encierran oscuras intenciones.
Vi el mundo en ello, pequeño, ruin, tenebroso,
engarzado palabra a palabra, acto a acto.
Un cálido día azul había florecido en algo⁴.

No estaba preparada. Las nubes blancas, irguiéndose
a cada lado, fueron arrastrándome en cuatro direcciones⁵.

No estaba preparada.
No sentía respeto alguno por ello.
Pensé que podía rechazar su consecuencia,
pero era demasiado tarde, demasiado tarde, y el rostro
siguió configurándose con amor, como si hubiese llegado el momento.

SEGUNDA VOZ:

Ahora, sólo un mundo de nieve. Estoy lejos de casa.
Qué blancas son estas sábanas. Los rostros sin facciones.
Escuetos e imposibles, como los de mis hijos,
esos pequeños enfermos que eluden mis brazos.
Ningún otro niño me roza: son terribles.
Tienen demasiados colores, demasiada vida. Nunca están callados,
callados como esta pequeña vaciedad que llevo dentro.

He tenido varias oportunidades. Lo he intentado con todas mis fuerzas.
He suturado la vida dentro de mí como un órgano extraño,
y he caminado despacio, insegura, como si fuese algo insólito.
He intentado no darle vueltas. He intentado ser natural.
He intentado ser ciega en el amor, como hacen otras mujeres,
ciega en la cama, con mi amado y dulce ciego,
no buscar, entre la densa oscuridad, un rostro ajeno.

Y así lo hice. Pero el rostro aún estaba allí,
el rostro del nonato amante de sus perfecciones,
el rostro del muerto que sólo podía ser perfecto
en su sencilla paz, y sólo así permanecer sagrado.
Luego surgieron otros muchos rostros. Rostros de naciones,
gobiernos, parlamentos, sociedades,
los rostros sin rostro de los hombres importantes.

Estos son los hombres a quienes temo:
¡Sienten tantos celos de todo aquello que no sea fútil! Son dioses celosos
a quienes les gustaría volver fútil el mundo sólo porque ellos lo son.
Veo al Padre conversando con el Hijo.
Semejante futilidad únicamente puede ser sagrada.
Dicen: «Dejad que os construyamos un cielo»,
«dejadnos lavar y limpiar las impurezas de estas almas».

PRIMERA VOZ:

Estoy tranquila. Tranquila. Con la tranquilidad que precede a lo terrible:
el instante amarillo antes de que el viento se eche a andar,
cuando las hojas vuelven sus manos, sus destellos pálidos. Cuánta quietud, aquí.
Las sábanas, los rostros están blancos, detenidos como relojes.
Las voces retroceden y se igualan. Sus jeroglíficos visibles
se alisan formando pantallas de pergamino que resguardan del viento.
¡Pintan tales secretos en árabe, en chino!

Estoy callada y morena. Soy una semilla a punto de germinar.
El color moreno es mi esencia muerta, taciturna:
no ansía ser nada más, o diferente.
El crepúsculo me corona ahora, de azul, como a una Virgen.
¡Oh color de la distancia y el olvido!,
¿cuándo llegará el momento en que el tiempo germine
y la eternidad lo engulla, y yo me anegue del todo?

Hablo sola, sólo conmigo, apartada del resto,
limpia⁶ y cárdena de desinfectantes, lista para el sacrificio.
La espera me pesa sobre los párpados. Se extiende como el sueño,
como un gran océano. Lejos, muy lejos, siento la primera ola arrastrando
su carga de agonía hacia mí, ineludible, como una marea.
Y yo, caracola resonando en esta playa blanca,
afronto las voces abrumadoras, el terrible elemento.

TERCERA VOZ:

Ahora soy una montaña entre mujeres montañosas.
Los médicos no cesan de atendernos como si nuestra gravidez
nos volviese idiotas⁷. Sonríen de un modo estúpido.
Ellos tienen la culpa de que esté así, y lo saben.
Se aferran a su futilidad como a una especie de salud.
Pero, ¿y si un día les sorprendiese algo semejante
a lo que me ha ocurrido a mí?: se volverían locos.

¿Y qué si dos vidas han sido derramadas entre mis piernas?
He visto la sala blanca, limpia, con todo su instrumental.
Es un lugar creado para los gritos. Para la desdicha.
«Aquí es donde vendrás cuando esté preparada».
Las luces nocturnas son rojas lunas planas. Opacas a fuerza de sangre.
No estoy preparada para ningún acontecimiento en absoluto.
Debería haber matado esto que me está matando.

⁶ Limpia: «Swab» es un utensilio de algodón con el que los médicos enjuagan la boca de sus pacientes. También, una especie de escobilla con la que los soldados limpian el alma de los cañones, y los músicos el interior de las flautas, los clarinetes, etc. Así que «swabbed» significa lit. «fregoteada», «escobillada».

⁷ Idiotas: Lit. «Como si la gravidez, la maternidad espantase a la inteligencia».

PRIMERA VOZ:

No existe un milagro más cruel que éste.
Me siento arrastrada por caballos, por cascos férreos.
Pero resisto, continúo hasta el final, y acabo la tarea.
Túnel oscuro que atraviesan volando, furiosas, las visitaciones,⁸
las visitaciones, las procesiones, los rostros sobrecogidos.
Soy el centro de una atrocidad.
¡Qué clase de dolencias, qué tristezas debo estar concibiendo!

¿Cómo puede tal inocencia asesinar así? Está estrujando mi vida como si fuese una ubre.
Los árboles se agostan en las calles. La lluvia es corrosiva.
La degusto en mi lengua, y los horrores factibles,
los horrores que se yerguen estériles, las madrinas desdeñadas⁹
con sus tic-tacs del corazón, con sus carteras llenas de utensilios.
Dejadme y seré un muro y un techo protectores.
Dejadme y seré un cielo y una colina de bondad: ¡dejadme!

Un cierto poder crece dentro de mí, una vieja tenacidad.
Me escindo en dos, como el mundo. Y, luego, toda esta negrura,
este ariete de negrura, empujando. Cruzo las manos sobre un monte.
El aire está viciado, viciado de tanto tejemaneje.
Me manosean. Me toquetean como a un tambor hasta hacerme sonar.
Mis ojos se constriñen a causa de esta negrura.
No veo nada.

SEGUNDA VOZ:

Alguien me acusa. Sueño con masacres.
Soy un jardín de negras y rojas agonías. Y las bebo,
odiándome por ello, odiándome y temiéndome. Ahora el mundo concibe
su propio fin y corre hacia él, con los brazos extendidos amorosamente.
Es un amor mortífero que todo lo enferma.
Un sol muerto tiñe los periódicos. Un sol rojo.
Voy perdiendo vida tras vida que la oscura tierra absorbe.

Ella es la vampira que nos drena. Por eso nos mantiene
y nos ceba: qué amable. Su boca es roja.
La conozco. La conozco muy bien:
viejo rostro invernal, vieja estéril, vieja bomba de relojería.
Los hombres han abusado de ella vilmente. Pero acabará comiéndoselos,
comiéndoselos, comiéndoselos, comiéndoselos al fin.
El sol se ha puesto. Muero. Construyo una muerte.

⁸ Visitaciones: nueva alusión a la Virgen María. En este caso, la visita que realizó a su prima Santa Isabel, la cual, embarazada, sintió al niño removiéndose en su seno, de alegría. También, «anunciaciones» en cuanto alude a la visita de un mensajero de Dios en sueños.

⁹ Madrinas desdeñadas: ¿Alusión a «La bella durmiente»?

PRIMERA VOZ:

¿Quién es este niño azulado, furioso,
fulgurante y extraño, como si hubiese sido arrojado de una estrella?
¡Mira de un modo tan airado!
Entró volando en la habitación, con un grito en sus talones¹⁰.
Su color azul empalidece: es humano a pesar de todo.
Un loto rojo se abre en un cuenco de sangre;
me están cosiendo con seda, como si fuese un tejido.

¿A qué se dedicaban mis dedos antes de asirle?
¿A qué mi corazón, con su amor?
Nunca he visto nada tan puro, tan transparente.
Sus párpados son como lilas,
y su aliento leve como una mariposa.
No permitiré que se marche.
No hay engaño ni malicia alguna en él. Que permanezca así para siempre.

SEGUNDA VOZ:

Ahí está la luna, arriba, en la ventana: se acabó.
¡Cómo satura el invierno mi alma! Y esa luz de yeso¹¹
tendiendo sus escalas en las ventanas, ventanas de las oficinas vacías,
de las aulas vacías, de las iglesias vacías: ¡oh, cuánta vaciedad!
Y este estancamiento, esta parálisis de todas las cosas.
Estos cuerpos amontonados a mi alrededor ahora, estos durmientes polares,
¿qué rayo azul y lunar hiela sus sueños?

La siento penetrarme, fría, ajena, como un objeto punzante.
Y ese duro rostro demente oculto en ella, esa Boca-en-O
abriendo su bostezo de perpetua congoja.
Es la luna quien draga el mar de sangre negra
un mes tras otro, con sus voces de fracaso.
Me siento desamparada como el mar que se deshila.
Inquieta. Inquieta e inútil. También yo engendro cadáveres.

Me dirigiré al norte. Hacia una extensa negrura.
Me veo a mí misma como una sombra, ni hombre ni mujer,
ni siquiera una mujer contenta de ser un hombre, ni un hombre
lo bastante rudo y fútil como para no sentirse carente de algo.
Yo siento mi propia carencia. Estiro los dedos: diez blancas estacas.
Mirad, la oscuridad se filtra por las rendijas.
No logro contenerla. No logro contener mi propia vida.

¹⁰ Talones: alusión al dios mensajero Hermes o Mercurio.

¹¹ Luz de yeso: la de la luna.